

Joaquín Edwards Bello y LA NACION

Al revisar viejos papeles, doy con la copia de una carta de Joaquín Edwards Bello a Ricardo A. Latcham que se refiere a nuestro diario, no sin detenerse en definir cómo se siente durante el gobierno de Ibáñez (1952-1958): "Sigo en LA NACION como náufrago en un barco. No quiero dejar el buque en el hundimiento. En el otro período de Ibáñez los mismos que me aconsejaban el retiro de LA NACION fueron a ofrecerse para reemplazarme cuando les hice caso. El muerto al hoyo y el vivo al pollo".

Al parecer, se trataba de "estimular" a los que colaboraban, o sea, a los que hacían la pata o, como dicen los españoles, daban coba. Los "valponistas" -explica-, "viajan a Europa, a la India y al Asia", porque este diario se convirtió en una "Agencia Cook criolla".

La pregunta fue siempre la misma. Y si eso era así, ¿por qué se quedaba? Joaquín Edwards Bello trató de cambiar los hábitos de este país, denunciando la viveza criolla, los acomodados, los negociados, la presencia de los gestores, la tipología de los venales y a cuantos, en vez de amar a su patria, la "mamaban" sin tregua. Sin contar con los lateros, los "chasquillas", los imprevisores, cuyo grito de guerra al caer la primera lluvia era: "¿Y cómo quedaría el paraguas?".

Todo eso lo condujo a tomar la crónica por estudio de psicología. A dar cátedra en el diario, no para lucirse, sino para poner las cosas en su lugar, evitando caer en los juegos del poder. Era un moralista que nos enseñó a "ver bajo el agua" y a "pedir siempre por abajo".

Oírlo era una fiesta. No he olvidado ninguna de las conversaciones que tuve con él, o más bien, retengo sus lecciones, las disfruto y miro en mi "Diario"; todas las que retuve en los años en que fui a visitarlo continuamente, entre 1965 y 1968. Veía siempre la relación entre las cosas, al modo de ese billarista que sabía notar cómo la señora que cruzaba la Plaza de Armas, si diera con el buzón y contra el caballo de Valdivia, con Valdivia incluido, formaban la carambola perfecta, si pusiera él en movimiento con un golpe del taco las bolas del billar.

¿Por qué el periódico y no el libro, permanente, glorioso, definitivo -como

la muerte-? Simplemente porque él trataba de mejorar a la gente y al país. Y LA NACION le servía para ayudar a crecer a este Chile porfiado y calmo. "Campo de estudio de psicología criolla", le parecían estas páginas. Al firmar la crónica, sé cuánto le debemos. Y, qué duda cabe, ¡cuánto le debo yo!

